

Eugenio Orrego Vicuña

Visión de Santiago

CUATRO SIGLOS DE LA CIUDAD DEL NUEVO EXTREMO

A Domingo Melfi

I



OMO anfiteatro montañoso fabricado para escenario de un gran pueblo, se alza la masa andina, cabeza y penacho de nieve en las cumbres más altas, recortadas bajo el clariazul, todo transparencia. Cabe sus límites, el ancho valle del Mapocho, abierto por la cinta turbulenta y zigzagueante de su río, que iba a separarse en dos junto a obscuro montículo de piedras hoscas, colocado allí como un islote, a modo de enorme hito. A un lado la mole del San Cristóbal, vestida de matorrales en el faldeo, alta y fuerte avanzada cordillerana. Montículos que emergen de apretado mar de espinos y arbus-tos nativos. Algunas chozas junto al río; hombres y mujeres de tez bronceada con sus breves vestiduras color de infancia humana.

Paz en el paisaje, quietud en las gentes, somnolencia en las almas.

II

Un día de febrero de 1541, hizo su entrada en el valle la hueste del conquistador español—hierro de las armaduras, oro de sol en los hierros, estrépito de lanzas y mosquetes, piafar de corceles,—Don Pedro de Valdivia, señor del Nuevo Extremo y gobernador de un mundo que iba a nacer de su mano, plantó el estandarte de Castilla, entre las dos alas del río, al pie del cerro hosco que los naturales habían bautizado con el nombre de Huelén, que es Dolor, como un símbolo.

Y el cerro del Dolor recibió el nombre católico de Santa Lucía.

Acamparon las huestes. Dijo el pregonero sus viejas palabras notariales y tuvo bautizo y fundación de Santiago, la ciudad del Nuevo Extremo.

¿Después? Hacha para los bosques primitivos, bala y lanza para los naturales. Una Cruz en lo alto, que es símbolo de piedad. Luego malones, asaltos. Lucha de cuerpos de acero con cuerpos de carne recia; duras las ánimas criollas, como el acero conquistador; tenaz la voluntad nativa, como el acero castellano. Batallar incesante, una épica epopeya para modelo y asunto de poetas grandes. Heroísmo, sangre, dolor.

Huelén era el símbolo.

III

Siglo XVII.

En el valle las mieses doradas de otoño sacudidas por las brisas de la tarde, aroma de frutas maduras en las huertas. Una ciudad pequeña, una aldea grande de casas pajizas en torno a la Plaza de Armas. En las cuadras, preparadas las armaduras y los arneses de guerra; en los campos activa la cosecha. ¿El tono de la vida en el ancho valle, cabe el anfiteatro empenachado de nieve? Batallas, conquistas, duro guerrear con el araucano celoso de su tierra, fiero y tenaz, hecho para el combate, para el sufrimiento, para las libertades.

Y los castellanos caían en las emboscadas de los indios, en el duro y eterno combatir. ¿Qué fué del capitán extremeño de ademanes soberbios y apostura imperial? ¿Qué de sus hombres hechos a la brega? Sembrados de huesos de España estaban los caminos de Chile, los valles surcados de ríos tranquilos, las selvas con espaldar montañoso.

¿Merecía tanto esfuerzo la conquista del reino?

El oro andaba escaso en las minas. El comercio lejano y casi nulo con las metrópolis distantes: la corte de Madrid al cabo de continentes y la corte de Lima en distancia de semanas por el Mar del Sur, que los conquistadores, ante el alboroto de sus aguas, bautizaron con el nombre de Pacífico, tan recios eran sus ánimos!

La dominación de Chile costaba al erario español lo que todas las tierras sometidas a su imperio, ¿pero no valía el sacrificio como expresión de los ímpetus y de la fortaleza de una raza acostumbrada a encararse con el sol?

A Santiago iban y de Santiago venían los flujos de la lucha. En la plaza mayor tocaban los tambores de enganche y de guerra y por el ancho valle, a las cuatro márgenes del Mapocho, el estrépito de mosquetes y culebrinas, de pifanos y trompetas, sonaba el pregón de dolor y contra las rocas hoscas del Santa Lucía iban a chocar las pasiones.

A los huracanes del hombre sucedían las agitaciones de la tierra. Y cuando había tregua en los ánimos, temblores y terremotos sacudían el valle. Un día de 1643 la ciudad quedó sentada sobre sus cimientos de barro, entre clamores de agonía. Y otra vez las aguas del Mapocho, en hervor de tempestad, se pasaron por las calles, abatiendo edificios.

Huelén era el símbolo.

IV

Siglo XVIII.

La guerra se aleja; los indios se defienden con fiereza entre las selvas milenarias de las Fronteras. Distantes se haya la gloria de los Caupolicán y los Lautaro, distante el ímpetu heroico de los de Valdivia.

El valle del Mapocho está vestido de primavera.

Los campos verdean, lozanos. Hay alegría en los bosques y en las huertas santiaguinas ondulan los rosales y las madreselvas al soplo de la brisa. A las casas cimentadas en barro han sucedido las casonas con fundamentos de piedra, balcón corrido y airoso mojinete. La ciudad es un océano de verdor, surcado por la gracia antigua de los tejados. Sobre el Mapocho, reducido a un solo lecho, cruza el Puente de Cal y Canto, con la elegancia fuerte y soberbia de sus arcadas.

Los buenos hidalgos, arrumbadas las cotas de maila, herrumbosas las lanzas y los escudos, gozan de la blanda paz colonial. Una suave pereza acuna el ambiente. Hay estrépito de tambores en las juras reales, en los alumbramientos de las princesas lejanas, en las entradas magníficas de los nuevos gobernadores que venían a recibirse del mando como Sancho en su ínsula. Las calles, con cequíón abierto en su centro, permitían el tardo paso de los calesines. Las tapias de los conventos sin número y de las torres de las iglesias decían del tono de la vida, y las campanas reglaban el paso de las almas. Alegres en la mañana, lentas al mediodía, tristes en la oración y graves en la hora de la queda. Repiqueteo en el bautizo, doblar dramático y pausado en el pregón de agonía. Y así, con el ritmo de las campanas, iba el deslizarse lento de las almas y del vivir. Todo el Coloniaje, según la justa frase del «santiaguino de los santiaguinos», no fué sino una siesta a calzón quitado.

V

Con el alba del siglo XIX los corceles de la libertad invadieron el valle del Mapocho y un viento de amanecida tocó en el corazón de los hombres. De la Europa en llamas venía el nuevo estremecimiento, y en los campos de Chile brotaron, como de la honda entraña de la tierra, los anhelos de una vida nueva.

O'Higgins con su cortejo de libertadores cruzó el valle del Mapocho. Iban en la primera fila los grandes de aquella hora enorme: Mackenna, Carrera, Rodríguez, Rozas, el doctor y Henríquez el fraile. Iban todos los hombres señeros que el Destino había reunido en un día estelar.

Y la Independencia fué.

Pasaron los corceles de guerra, pasaron los hombres de la hora magna y cesó el ímpetu inicial.

Era libre Chile, libre se veía la ciudad del Nuevo Extremo; reinaba la paz en el valle del Mapocho, pero los ánimos añoraban las blandas cadenas de antaño y tornó el espíritu del Coloniaje.

No pueden las muchedumbres seguir el paso de los grandes y la misión de éstos es ganar sus victorias para el tiempo.

VI

Siglo XIX. Años de 1818 a 1872.

Santiago ha ido creciendo alrededor del Santa Lucía, hacinamiento obscuro de piedras hoscas, como

imagen del tiempo de la Conquista. Calle del Rey, calle de los Ahumada, calle de Santo Domingo; y las de la Nevería y del Chirimoyo: aroma saudoso de la tradición.

Por la vasta aldea, surcada de tejados, de torres de iglesias, de viejos árboles, de huertas en flor, iba corriendo la vida antigua. Todo era una siesta a calzón sin quitar.

El tono era místico—por las callejas de la Recoleta iba el humilde Fray Andresito golpeando los pesados aldabones—y en política, como en achaques de cultura, había ritmo conservador. Mas las pasiones solían desatarse y en las asonadas revolucionarias chocaban las corrientes antagónicas con violencia creciente: pipiolo y pelucones, acción y reacción, fuerza que anhela avanzar y fuerza potente que mesura el paso. Por la Alameda de O'Higgins, río verde en mitad de la ciudad, desfilaban los carruajes magníficos de la aristocracia, troncos ingleses en landoes de Francia. (Un día de apoteosis llenó sus avenidas el estrépito marcial de los vencedores del Pacífico, que desde los campos de guerra, bajo una lluvia de flores, tornaban al olvido y a la ingratitud). Junto a la Moneda, deslizábanse las sombras poderosas de Portales el organizador, de Montt el constructor, de Bello el educador, de Vicuña Mackenna el cultuador.

Y en las almas el arte comenzaba a florecer con don Andrés Bello, con Sanfuentes, con Lastarria, con Vi-

cuña, con Smith el paisajista, con los humildes músicos del pueblo (espíritu de la tierra hecho notas en el folklore).

Mas, el tono continuaba siendo colonial.

Años de 1872 a 1876.

Un mago vino y al golpe de su varilla de arte y voluntad la ciudad se despojó del manto antiguo, vistiéndose de alegría, de sol, de anchas avenidas pobladas de árboles, de plazas nuevas, de edificios de hierro y piedra, de parques, de lagunas, de esperanza. Y para coronación de su obra, que a todos pareciera prodigio, el mago encarnó en la colina de piedras hoscas el más hermoso de sus sueños.

Un día, los santiaguinos estupefactos vieron que el Santa Lucía, el Huelén colonial de los días medrosos; estaba convertido en el jardín más espléndido.

Era el sueño de un poeta, hecho piedra, hierro, árbol, cascada y flor.

VII

Siglo XX. Año de 1941.

Corren los días como arenas en el río infinito. La ciudad de Vicuña Mackenna, capital de vastas regiones en el Pacífico, puebla el valle del Mapocho. El Barrio Cívico, en el corazón de la urbe, alza las moles orgullosas de sus rascacielos; las calles céntricas encienden en las noches el tumulto de sus letreros luminosos; las fábricas hierven. El pulso de los hombres

alcanza palpitaciones de vehemencia y en los artistas late el impulso de la labor creadora. No se ha perdido el pájaro azul de que hablara Darío.

¿Qué tiempos aguardan su turno en la vida de Santiago del Nuevo Extremo? ¿Qué hombres han de ilustrar su camino, qué soles han de iluminarlo? ¿Qué sueños nuevos brotarán del alma de sus hijos, qué obras de su esfuerzo? ¿Qué proyecciones tendrán para su vida el devenir americano?

Suyo es aún el divino don de la esperanza.

Isla Orrego, Febrero de 1941.